

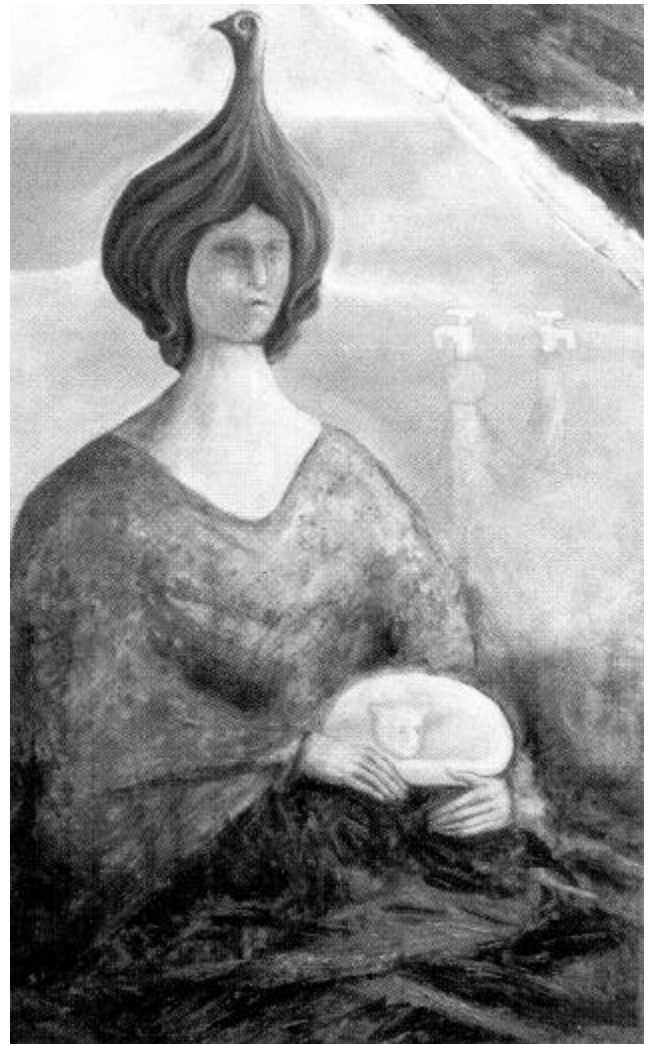
Coloquio internacional Homenaje a Rosario Castellanos Colegio de México

MARÍA LUISA MENDOZA

"Amor empieza por desasosiego".
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Es una verdad sin vuelta de hoja la inclinación mórbida de los escritores por escribir en tiempo de lágrimas. El dolor azuza y reempuja a renacer, la anegación favorece el crear, como la verbalización de la angustia en el psicoanálisis. La alegría arriba cuando al leer no lo cree uno de tan hermoso, es la reencarnación después de esas sequías horribas donde se sabe en la carne misma se está traicionando el pretexto de la vida; se nos va el sueño hasta la pelada orilla del río medio seco. Los escritores poseemos muchos métodos mágicos para contrarrestar la parálisis y el insomnio, ese dictador de frases obsesivas para al día siguiente olvidarlas. Los amuletos son pedacitos de maderas, semillitas, esferas de plata, ámbar, imanes, miscelánea mágica confiscada en aeropuertos gringos sin piedad. El escritor se humilla apenado de su remedio inculto; la catolicidad se alebresta, mas el pavor gana. En la presa de mi infancia, la de una ciudad que dicen bajo sus aguas, toda de oro y plata, me encuentro, a medio llenar a la espera de las lluvias y a que un día sea su apertura. Es cuando hago mis ejercicios de relectura y aparece irrevocable, absoluta, Rosario Castellanos la de la disciplina.

Mis compañeras –digo, es un decir– se remitirán a fechas, logros académicos y títulos nobiliarios, los todos a saciar de Rosario. Me pongo mi levita de recordante obsesiva para dar un reflejo de su flama en la digamos vida diaria. Primero: cualquiera diría que era una monja laica, de oficio ministerial, nacida para la castidad y la



Alejandro Caballero

oración. Había de tratársele para, sin tocar su pureza de muchacha provinciana, niña rica divisadora de horizontes en tierra propia, apareciera el real y tangible, sufriente y adorable ser humano. Llegaba cargando flores entre los brazos, inmaculada en la limpieza, sencilla en el traje de faldas plisadas olorosas a lavanda. Irresistible Rosario dejaba de lado las aulas donde estudiaba tenaz, aplicada y talentosa, alumbrada por la disciplina inalterable en su vida, se olvidaba uno de las cúpulas templarias, las pechinas distractoras, los humos hipnotizantes del incienso saliendo de balanceos hamaqueantes, freudianos, la aglomeración de gladiolas y azucenas, los cantos de ¡Oh, María, Madre mía!, y aparecía la exacta perfección de la inteligencia en su sentido del humor. No fue una culterana hastiante sino una mujer cultísima coronada con la gracia de la ironía borradora de cualquier solemnidad o pedantería. La bondad de la poeta, novelista, dramaturga, ensayista, maestra, periodista y embajadora, se demostraba en principio en quienes ella lo permitía, y principalmente en el acrisolado amor sin fatiga por su hijo Gabriel, nacido en la epifanía del alumbramiento esperado desde el anhelo. Ese fue el día de su santo. Gabriel el que colma. Su amoroso.

Te recuerdo Rosario en tu casa de una planta baja muy cerca de la mía en la que he determinado, disfrutarla hasta el último aliento. Eran los cuartos de una sobriedad absoluta, las paredes sin cuadros, los pisos sin alfombras, nada más muchos libros y su cama ante mi estupefacción revelada, cama de hospital, clarita, con manijas, cobijas como manteles de altar. Me apené íntimamente de haber estado allí atestiguando su clausura, luego supe su reciente salida de un hospital donde la sanaron de la tuberculosis. Acababa también Rosario de traducir a Eliot “¡El mar se divide!”, y leyome el poema alucinante abriéndose el Mar Muerto como mi presa donde agonizo. Aquí viene un paréntesis: vengo de una ciudad montañosa con muchas presas, Rosario venía de los calores nada fútiles de Chiapas, por ello su

cama debió de ser mía y mi barroquismo palabrero, y mitificación furiosa de objetos de toda laya, suyo. Pues no: la fertilidad de lo verde de su campo me correspondió a mí y a ella la sequedad en tiempos de estío de mi paisaje guanajuatense.

Es muy interesante la estampa memoriosa que tengo de su casa inicial desde donde le mandaba recados en papelitos a Emilio Carballido para invitarlo a comer pidiéndole regresara de respuesta otro papelito con el platillo más apetecido por él para mandarlo cocinar, con la evocación de su casa ya matrimonial, la sala idénticamente yerma, con asientos de cemento adosados a los muros conventuales blanquísimos. La luz afligida no se derramaba en búcaros con flores ni cojines pachones sino abrumaba el silencio. No obstante la luminosidad de Rosario hacía la hoguera debida, la fiesta, los fuegos de artificio. Es decir que la desocupación del cuarto subrayaba aún más la personalidad cálida, abrigadora, de la anfitriona. También sus casas significaron el lujo de su obra literaria interior y esa evocación de soledades y sacrificios de su tiempo propio.

Leal a sí misma Rosario, que llegaba al mundo real, del estudio, el trabajo profesional, la dispensa de los errores ajenos, que arribaba de la canícula, del solazo cruento de Chiapas, impuso el frío a sus casas. No hubo horas tibias bajo su techo de la avenida Constituyentes ni del de la soltería, igual de cercano a Chapultepec. Por eso el clima le pareció natural, y por eso cuenta su gran amiga Lolita Castro el estoicismo de Rosario en Madrid donde verdaderamente helaba, y los ventarrones provocadores de los abrazos, rientes y divertidos de su compañera Chayo a los árboles para no irse volando de plano ¿al cielo? Allí agarró la poeta la tuberculosis y la hizo más estricta en la entendedera de lo corto y perecedero de la vida y la necesidad de conservarla.

Temor místico a la muerte le favoreció despegarse, alejarse más de los bienes materiales y volcar sus incendios en las letras, en su conversación privada con Dios,

en su entrega para siempre al amor, a la idea del amor, el de Sor Juana Inés y Santa Teresa. No tenía candelabros sino sirios pascuales goteando sus miles de cera en mesas pelonas. Evidentemente su poesía estremece la entraña y a veces hasta da miedo, sin por ello eludir la ironía y el rasguño en algunos poemas tan exactos como su Declaración de Fe.

“Trájeme a mí conmigo” dijo Sor Juana y Rosario Castellanos no hizo otra cosa así regalada, el festín de ella misma, lámpara seductora: con una lámpara y por una lámpara murió. Su destino muy bien fincado. Una monja laica, mujer fortaleza, enamorada y enamorante. Asceta. Madre. Es la triste ausencia, el humor como arte, la fe construida con lealtades y fidelidades. La solidaridad en tiempos de la canalla y de la ira, evocando así a títulos lejanos de autores de siempre. Leerla de nuevo en su poesía es sentir el golpe de mar de su desolación y la confirmación –como guiño desde el más allá– de sus preocupaciones por el orden de las cosas. “He aquí la regla de oro, el secreto del orden: Tener un sitio para cada cosa/ y tener/ cada cosa en su sitio. Así arreglé mi casa...”. Se estremece el lector al encontrarse con ella adentro, la cósmica de sus mundos de la limpieza: “Impecable anaquel el de los libros: un apartado para las novelas,/ otro para el ensayo / y la poesía en todo lo demás...”

“Si abres una alacena huele a espliego
Y no confundirás los manteles de lino
con los que se usan cotidianamente.
O la ropa en su cajón correspondiente
y los muebles guardando las distancias
y la composición que los hace armoniosos...”

Su amado amigo Héctor Azar me decía que la madurez no llegaba a tocar a tu puerta para anunciar su arribo. Mas en Rosario la madurez fue algo natural como los surcos sembrados de sus haciendas, o el solerón acabandito el amanecer, entrando como un combite real

por los balcones hasta los pies de su cama de niña opulenta. Nació, creció, dio a luz y murió madura. Desde Apuntes para una declaración de Fe, hasta la cumbre de su creación poética: Lamentación de Dido. Madura, sí, y doliente. Pero he ahí el sortilegio de Rosario Castellanos, porque ese penar infantil fue con ella acompañándola en sonrisas y juegos de palabras, alborozos y alegrías. Como cuando embarazada subía al auto europeo de Héctor Azar, de esos como cajitas de cerillos, bajitas y hechas para las fosforescencias, apagadas todavía, y se reían ambos del atrevimiento máxime que la pasajera estaba sin escaramuza a punto de dar a luz. Otra vez sus luces, sus prendimientos, su verídico sin concesiones estar en la tierra e ir y venir de la Universidad a trabajar al servicio de la cultura de su país. A las pocas horas vino al mundo su adorado hijo Gabriel, su propio y real incendio. Hoy ya no están ni ella ni Héctor, y los naranjos y los higos dan frutos en el patio jardín de la escuela de teatro CADAC donde Héctor encendía las velas en el pretil de la fuente en las noches de verano o en las posadas de invierno. Balum Canán, la historia mágica de su novela gime y canta en el viento (“Musitaremos el origen. Musitaremos solamente la historia, el relato...”)

La muchachita Rosario habla con su nana y ella le dice “grano de anís”. Y cada vez que bebo un trago de anís pienso en la vieja sabia de Chiapas y la niña desposeída. La que me contó que un día iba en el auto de su padre por el centro de la Capital, y de pronto, sin aviso ni relámpago ni furia del mar, su padre se desplomó muerto al lado de la niña de diez años. Entonces ella hizo a un lado a su padre y manejó el coche con la intuición de haber recibido el anuncio de su orfandad para siempre. ¿Verdad o lo invento yo? La poeta era así, de riguroso estreno en lo insólito, por eso la inacabable catarata de historias que desgrana como los granos de las casas de antes, de las tiendecitas de ayer, son todas intachablemente verídicas y uno las lee con el corazón desecho entre las manos de tanto dolor e injusticia. La

cruzada por la libertad, la igualdad, el conocimiento del mundo indígena, fue en la escritora una bandera imbandida. Su combate por el México de los indios no terminó al apagarse su llama, ahí está en sus libros. Luchadora social escribiendo, y su teatro guiñol para el aprendizaje de la palabra entre los niños de Chiapas, los comitecos principalmente, palpitan por ellos y la liberación.

Morirse sin cumplir cincuenta años es otra venganza divina, una claudicación más en nuestras vidas porque perdimos los mexicanos todos, a quien nos hizo mejores con su generosidad sin decir hasta aquí. Como crítica volvió a enarbolar sus conceptos de lo debido, señalamientos justos, aplausos benévolos, ganas de que no nos perdiéramos los novatos de las letras con ponzoñas o indiferencias, desdenes o la terrible pujanza del ninguneo.



Guadalupe Rosas

Morirse sin cumplir cincuenta años ¿cómo pudo ser? Tal vez abriendo las páginas de sus libros encontremos la respuesta inadmisible, o las siniestras palabras del destino. Hasta aquí llegarás, y la señora Embajadora de México en Israel, con agua fresca todavía en gotitas rodantes por su juventud: conectó una lámpara que traía en las manos: la cabeza negra con dos lenguas entró como si nada en la placa negra también de la pared. De allí salió el latigazo, el rayo azul y amarillo, la muerte conducida por el espacio infinito a una velocidad nunca experimentada antes.

Te recuerdo Rosario Castellanos, saliendo de la casa de Guadalupe Dueñas, toda de blanco, eras una ola decorosa y fontanal. No tenías padre ni madre, ni a nadie más que la idea del amor y la esperanza de un hijo. Tus poemas se balanceaban en el velo de novia; dejabas atrás la solicitud de la escritura e ibas a tener una nueva casa con sus ventanas para asomarte a contemplar el bosque. Todas te envidiábamos porque eras la más feliz de la tierra. Al fin escribirás tu historia verdadera sin darte cuenta de que la real estaba ya teológicamente consagrada. No fuiste mujer de una sola estampa: la provincia, el genio impreso, el llanto y la muerte tan lejos de aquí, otra vez sola, siempre limpia. Mas no te fuiste de veras, quedan tus libros que leemos con la admiración afligida, tus Juicios Sumarios, tus Trayectos del Polvo, tus Vigila Estéril y la Representación al Templo. En tu matrimonio te pontificaron tus casas de Balum Canán, tu Ciudad Real, tu Oficio de Tinieblas. Así es que en matrimonio, bautizo y muerte, estuviste acompañada como nadie. Tu obra Rosario Castellanos. Allí estamos todos a tu lado, sobre las ruinas de México, evocándote y haciéndote el mayor homenaje: leyéndote una y otra vez hasta que nos muramos. Y que no se me olvide Rosario lo que dijo Sor Juana Inés de la Cruz, a propósito y por llorarte:

“Que es fortuna morirte siendo hermosa
y no ver el ultraje de ser vieja...” ❧